

## LIBRO PRIMERO

### EL GOBIERNO DE THIERS

- SUMARIO: I.—La izquierda republicana desde el 15 de julio hasta el 4 de septiembre de 1870.—El manifiesto del gobierno.—Discursos de Thiers.—Bismarck en el Reichstag.—El ministerio Palikao.—Las noticias de Sedán y de Metz.—Las dos sesiones parlamentarias del 4 de septiembre.—Última reunión del Cuerpo legislativo.
- II.—El gobierno de la Defensa nacional.—Los hombres del 4 de septiembre.—El gobierno encerrado en París.—Tentativas de negociaciones.—El armisticio.—Francia después de la guerra.—Efectos de la invasión en provincias.—El sitio de París.—Las elecciones del 8 de febrero de 1871.—Los cuatro grandes partidos rivales.—La cuestión religiosa.—Composición de la asamblea.
- III.—Continúa la marcha invasora del ejército alemán: éste bloquea a París, fortifica sus posiciones y aumenta sus fuerzas. Las fortificaciones de la plaza.—El sistema de ataque de los alemanes contribuye a que sea mayor de lo que se esperaba la resistencia de París.—Los guardias móviles.—La guardia nacional.—Los generales Ducrot y Trochu.—El 19 de septiembre.—El plan de Trochu.—La Malmaison.—El Bourget.—Reorganización del ejército de París.—Las batallas del Marne.—Desaliento del ejército.—El bombardeo.—Buzenval.
- IV.—La Delegación del gobierno en Tours. Cremieux, Glais-Bizoin y Fourichón: sus auxiliares.—Las cuestiones electorales.—Gambetta: su salida de París; su lucha contra la anarquía: sus activos trabajos para la defensa nacional; sus colaboradores.—Traslado de la residencia de la Delegación de Tours a Burdeos.—La comisión informadora y Gambetta.—Chaudordy.
- V.—Gestión militar de la Delegación antes del 10 de octubre.—Toma de Orléans por los alemanes.—El primer ejército del Loira.—El general Aurelle de Paladines.—Influencia de la capitulación de Metz.—Proclama de Gambetta.—Batallas delante de Orléans.—El segundo ejército del Loira.—El general Chanzy; su retirada, su plan.—Las batallas del Mans.—El ejército del Norte.—Los generales Farre y Faidherbe.—El ejército del Este.—El general Bourbaki.—Retirada hacia Besanzón.—El general Clinchant.—Últimos combates.—Belfort.—Dictamen de la Comisión informadora sobre los actos de la Delegación de Tours y de Burdeos.—Fallo del país y de la historia sobre las faltas cometidas por los hombres de la Defensa nacional.
- VI.—El armisticio.—Instrucciones dadas a Julio Favre.—Condiciones del armisticio respecto a París.—Telegrama de Bismarck a Gambetta.—Proclama de Gambetta después de la capitulación.—El gobierno de la Defensa nacional contesta al manifiesto de la Delegación de Burdeos.—Julio Simón y Gambetta.—Las elecciones del 8 de febrero.—La Asamblea nacional.—El gobierno de la Defensa hace entrega de los poderes a la Asamblea.—El general Clinchant se refugia con su ejército en Suiza.—Cláusula adicional que hace el armisticio extensivo a Belfort y a los departamentos del Jura, el Doubs y la Costa de Oro.—La heroica guarnición de Belfort, al mando del coronel Denfert-Rochereau, sale de la plaza con todos los honores de la guerra.
- VII.—La Asamblea nacional: constitución de su mesa definitiva: importantes sesiones del 17 y 19 de febrero.—Elevación de Thiers a la jefatura del poder ejecutivo.—El primer ministerio de Thiers: influencia de los nombramientos.—Programa del ministerio. El Pacto de Burdeos.—Negociación de los preliminares de paz.—Thiers y Bismarck.—Julio Favre.—Sesiones del 28 de febrero y del 1.º de marzo.—La destitución de Napoleón III y de su dinastía.—Burdeos en febrero y marzo de 1871.—Declaración de Bamberger.—Intolerancia de la mayoría de la Asamblea: dimisiones.—Dualidad gubernamental.—La cuestión de París.—Trochu y el regreso a París.—París desde el 28 de enero hasta el 18 de marzo.—Las elecciones: el comercio y la industria: los vencimientos: insuficiencia de la policía y de la fuerza armada: actitud de los soldados desarmados: las asociaciones revolucionarias.—El Comité central.—Saqueos.—Las ciudadelas revolucionarias.—Complicidades de la opinión.—Impotencia del gobierno.
- VIII.—La COMMUNE.—El Comité central antes del 18 de marzo.—Estatutos de la Federación.—Manifiesto al ejército.—París después del armisticio.—La República amenazada.—Elementos de desorden.—Los blanquistas.—Los jacobinos.—Los socialistas.—La Internacional.—Inteligencia entre estos diversos elementos.—La idea comunista.—La Commune.—La revolución social.—La masa popular.—El ejército licenciado.—Afluencia de provincias y del extranjero.—La chusma.—Los extranjeros.—La cuestión del desarme.—Los medios de resistencia.—El ejército activo.—La Guardia nacional.—El Comité central en vísperas de la insurrección de marzo.—Las alcaldías.—Los diputados por París.—Manifestaciones revolucionarias.—Expectación.—Thiers en París.—Resoluciones del gobierno.—Ocupación de Montmartre por la tropa.—Los soldados fraternizan con el pueblo.—El gobierno en el ministerio de Negocios extranjeros.—La situación se agrava.—Thiers se traslada a Versalles.—Evacuación de París por las tropas.—El Monte Valeriano.—Asesinato de los generales Lecomte y Clemente Thomás.
- IX.—La COMMUNE (continuación).—Consecuencias del abandono de París por el gobierno.—El Comité central dueño de París.—Los batallones federados.—Carlos Lullier.—Los delegados del Comité central en la dirección de los principales servicios públicos.—Grelier; Arnould; Vaillant; Rouiller; Paschal Grousset; Jourde.—El Diario oficial de la República francesa; sus directores: Lebeau, Vesinier, Barberet y Floriss Piraux.—Julio Vallés y su libro *El Insurrecto*.—Retratos de los principales actores de la jornada de 18 de marzo y de los principales agentes del Comité central.—Actos del Comité durante los diez días de su omnipotencia.—Negociaciones del gobierno de Versalles con los jefes de la insurrección.—Tentativas de inteligencia entre los hombres de la Commune y los prusianos.—Aspecto de París durante los diez días de poder absoluto del Comité central.—Declaración de principio.—Principales grupos en que se dividen los miembros de la Commune.—Elecciones parciales del 16 de abril.—Los oradores de la Commune.—Primera sesión: principales acuerdos.—Las comisiones.—Los delegados.—El Cuerpo comunal parisiense se erige en legislador para toda Francia.—Decreto sobre los rehenes.—Prisión del arzobispo de París y del cura párroco de la Magdalena.—Perpetuo movimiento de la guardia nacional.—Atentados contra la propiedad y la libertad individuales.—Empiezan las existencias de este artículo.—La comisión de barricadas.—Las delegaciones científicas.—La Commune y las compañías de ferrocarriles.—Estado anárquico de los servicios públicos.—La administración militar.—El consejo de guerra y los consejos disciplinarios.—La administración de justicia.—El Jurado de acusación.—Juicio definitivo sobre la Commune.—París durante la semana que precede a la entrada de los versalleses.

- X.—La COMMUNE (conclusión).—Francia después del 18 de marzo.—Versalles durante la Commune.—Animación y alegría.—Prisioneros maltratados.—Singulares manifestaciones a cada combate.—La asamblea nacional.—La comisión de los Quince.—Thiers.—La cuestión de las elecciones municipales debatida en la asamblea.—El nuevo Pacto de Burdeos.—Discursos de Thiers.—Delegaciones en la Presidencia.—Las tropas en Satory.—Rompimiento de las hostilidades.—Luchas en los días 2 y 3 de abril.—Cluseret se limita a la defensiva.—Formación del 4.º y 5.º cuerpos de ejército.—Mac-Mahón general en jefe.—Los combates de abril.—Sitio metódico.—Rossel y Delescluze.—Entrada del ejército en París.—Elementos de resistencia que contaba París en el momento de entrar en él las tropas de Versalles.—La batalla de los siete días.—Los incendios.—Represión desapiadada.
- XI.—El general Mac-Mahón: su proclama a los habitantes de París; su papel en la guerra civil.—Thiers y los ministros se trasladan a la capital.—Suscitase la cuestión de las elecciones complementarias de diputados.—París después de la caída de la Commune.—Los incendios.—París en estado de sitio.—La guardia republicana.—Disolución de la guardia nacional.—París renace a la vida.—La revista de 29 de junio.—El empréstito de dos mil millones.—Las elecciones municipales.—Los alemanes evacúan los fuertes y los cuatro departamentos inmediatos a París.—Los tribunales del país y los alemanes.—La prensa.—Fundación del periódico *La République Française*.—Proceso del general Trochu contra el *Figaro*.—La asamblea nacional.—Abrogación de las leyes de proscripción.—El conde de Chambord.—El partido legitimista.—Fin de la alianza italiana.—La asamblea y los bonapartistas.—La ley municipal.—La ley provincial.—La ley Waddington.—La ley Dufaure.—Vacaciones parlamentarias.—Modificaciones ministeriales.—Los ministros de Thiers.—El estado mayor de la derecha parlamentaria.—Thiers en la tribuna.—Inestabilidad gubernamental.—Dimisión de Thiers.—Cierre de la asamblea.
- XII.—Thiers y sus principales colaboradores.—Los Consejos de guerra.—Los prisioneros de la Commune.—Las comisiones de revisión.—Las comisiones informadoras.—Thiers en Ruán.—El tratado de los preliminares de paz.—Condiciones de la evacuación.—El tratado de Francfort.—Negociadores franceses y alemanes.—Etapas de la evacuación.—Dificultades diplomáticas.—Elecciones complementarias.—Francia nuevamente consagrada al trabajo y al ahorro.—Pacificación de Argel.—Concesiones gratuitas de terrenos coloniales a los alsacianos y loreneses que quieren conservar la nacionalidad francesa.—Regeneración nacional.
- XIII.—Thiers en el Elíseo.—El Salón de 1872.—Recepciones académicas.—El teatro.—Muertos ilustres.—Los trabajos del laboratorio Pasteur.—La elección del 27 de abril de 1873.—La Francia republicana en 1872-1873.—Los radicales.—Gambetta.—La comisión permanente.—El mensaje de 1872.—La política de compensaciones; Dufaure.—La ley de reclutamiento.—El Consejo de Estado electivo.—Reorganización del jurado.—El Consejo superior de Instrucción pública.—Reformas de Julio Simón.—La organización municipal de Lyon.—Las leyes de Hacienda.—Los convenios de 29 de junio de 1872 y 15 de marzo de 1873.—Duelo entre Thiers y la mayoría parlamentaria.—Las sesiones de julio.—Thiers en el Havre.—Sesiones del 18 y 29 de noviembre.—Elección de Buffet.—Julio Simón en la distribución de premios de las Sociedades científicas.—Modificaciones ministeriales.—La orden del día Ernoul.—Elección de Mac-Mahón.—La obra de Thiers.—Su proyecto de Constitución.

#### I

El estudio del papel desempeñado por la izquierda republicana desde el 15 de julio hasta el 4 de septiembre de 1870, es el prefacio natural de la historia de la Tercera República.

En el Cuerpo legislativo de 1857, la oposición republicana se componía únicamente de los célebres *Cinco* que se llamaban Julio Favre, Ernesto Picard, Emilio Ollivier, Henón y Darimón. Reforzada en los comicios de 1863, que le proporcionaron la conquista de veinte puestos en la Cámara, dobló su efectivo en las elecciones generales de 1869.

La divergencia que, fuera del Cuerpo legislativo, dividió la izquierda en dos grupos, la *izquierda cerrada*, con Julio Favre y su periódico *La Tribuna*, y la *izquierda abierta*, con Ernesto Picard y *El Elector libre*, no debilitó a la minoría republicana, la cual contaba unos cincuenta miembros y podía, en un momento dado, convertirse en mayoría haciendo causa común con un centenar de individuos del centro izquierdo.

Cuando el gobierno leyó en la sesión del 15 de julio el manifiesto que anunciaba la guerra, encontróse enfrente de una oposición parlamentaria robusta, inteligente, muy unida y resuelta a impedir las aventuras.

Ollivier y Gramont habían dejado ignorar a la Cámara las condiciones de la negociación pendiente entre Francia y Prusia. Los diputados no sabían que, pocos días después de la renuncia del príncipe de Hohenzollern, el gabinete francés había tratado de hacer presión sobre el rey Guillermo, para que éste se comprometiese a prohibir que ningún príncipe de su familia se presentase, en lo futuro, candidato al trono de España. La declaración ministerial, leída en el Senado y en la Cámara, dejaba este punto en la obscuridad, ó, mejor dicho,

daba a comprender, por medio de hábiles retenciones, que la garantía exigida lo había sido desde el principio. El gobierno terminaba pidiendo un crédito de 50 millones para el ministerio de la Guerra, reclamando la declaración de urgencia. El presidente de la Cámara puso la cuestión de urgencia a votación; la derecha se levantó en masa, pero la izquierda negose a hacer lo mismo, a pesar de las vivas excitaciones de la mayoría, y el Sr. Girault, diputado por el Cher, exclamó con osada energía: «Seremos los primeros en levantarnos para una guerra nacional en defensa de la patria; pero no queremos levantarnos para una guerra dinástica y agresiva.»

Después de la votación, Thiers pronunció el célebre discurso que la historia ha conservado como su mejor título de gloria. Ningún hombre de Estado presintió jamás los acontecimientos mejor que él. Ningún orador desplegó nunca más fuerza persuasiva, para hacer penetrar la convicción en todos los ánimos. Ni las interrupciones, ni los insultos, ni las rechiflas de una mayoría presa del vértigo le impidieron decir todo lo que se proponía y demostrar que si Francia tenía la guerra era por culpa del gabinete, es decir, por culpa del emperador, y que se preparaban a verter torrentes de sangre por una cuestión de forma.

«Sabido esto, todo el mundo os echará la culpa, dijo Manuel Arago en el curso del mismo debate; si hacéis la guerra, es que la queréis a toda costa.» Lo cierto es que Ollivier y Gramont eran instrumentos inconscientes de los que a toda costa la querían.

Julio Favre presentó a la mesa una proposición pidiendo que se comunicase a la asamblea el texto de un despacho telegráfico enviado por Bismarck, y su proposición fué desechada por 159 votos contra 84. La mayoría en favor de la guerra estaba hecha. Inmediata-



mente después de este voto nefasto, los diputados se reunieron en sus secciones para examinar los proyectos de ley presentados por el gobierno.

Al reanudarse la sesión, á las nueve y media de la noche, el ponente, Sr. de Talhouet, mencionó que las declaraciones de los ministros de Gracia y Justicia, de Negocios extranjeros y de la Guerra habían satisfecho á la comisión y propuso que se aprobaran los proyectos de ley.

Gambetta pidió, como lo había hecho Julio Favre en la sesión de la tarde, que el despacho oficial de Bismarck fuese comunicado á la Cámara, pues quería saber si este despacho había sido remitido á todos los gabinetes europeos ó tan sólo á los agentes de Prusia en la Alemania del Sur. Gramont juró que Francia había sido insultada, que la única reparación de la afrenta recibida era la guerra y que no permanecería «cinco minutos» al frente del ministerio de Relaciones extranjeras si había en su país una Cámara capaz de soportar tal afrenta.

La mayoría aprobó los créditos pedidos, por 245 votos contra 10 y 5 abstenciones, convencida de que los individuos de la comisión habían leído el despacho inculminado y de que este documento constituía una afrenta hecha al emperador y á la Francia, siendo así que la comisión no había visto el texto del telegrama y engañaba á la asamblea, como el gobierno la había engañado á ella, al afirmar que, desde el primer día, éste exigió la garantía del rey de Prusia contra una nueva candidatura. La guerra estaba declarada y los destinos de la patria iban á jugarse bajo una doble falsedad.

Cerróse la legislatura el 23 de julio, á pesar de las protestas de la izquierda, después que el Cuerpo legislativo hubo votado un crédito de 4 millones para las familias de los hombres llamados al servicio de las armas y desechado, á petición del general Dejeán, ministro interino de la Guerra, la formación de los cuerpos francos propuesta por Jouvencel.

Los diputados de la mayoría se separaron llenos de confianza, después de una ruidosa explosión de entusiasmo. Si hubiesen puesto un poco de atención en lo que pasaba en Berlín hubieran podido leer, en el extracto de las sesiones del Reichstag, estas palabras de Bismarck, pronunciadas el 20 de julio: «Esos ministros (los señores Ollivier y Gramont) se han guardado bien de ceder á las instancias de los raros miembros de la oposición que han conservado su lucidez de espíritu y de exhibir el documento en cuestión. El edificio entero y sobre todo la base de la declaración de guerra se hubieran hundido, si la representación nacional hubiese tenido conocimiento de ese pretendido documento y sobre todo de su forma.»

Su forma era la de un telegrama que la oficiosa *Gaceta de la Alemania del Norte* había publicado en un suplemento y que venía á decir lo siguiente: «Después de haber sido oficialmente comunicada al gobierno imperial francés por el gobierno real español la noticia de la renuncia del príncipe de Hohenzollern, el embajador de Francia, en Ems, ha vuelto á pedir á Su Majestad el rey que le autorizase á telegrafiar á París que Su Majestad el rey se comprometía, para el porvenir, á no volver á dar jamás su aprobación, si los Hohenzollern reproducían su candidatura. En cuanto á esto, Su Ma-

jestad el rey se ha negado á volver á recibir al embajador y le ha mandado á decir por el ayudante de servicio que no tenía ya nada que comunicarle.»

Esto prueba que las dudas de Thiers, Julio Favre, Gambetta y Arago eran muy fundadas y que la oposición republicana tenía razón en pedir al gabinete la presentación del texto auténtico.

Cuando la izquierda, diez y siete días después de la clausura de las Cámaras, se encontró en presencia de los ministros culpables, no vaciló en adherirse á la orden del día presentada por un miembro de la derecha, más culpable todavía, puesto que de la derecha y de los cortesanos habían partido las excitaciones que al fin triunfaron de las incertidumbres del emperador y de la resistencia de Emilio Ollivier. Cuando éste declaró, el 9 de agosto, en medio de los aplausos unánimes del Cuerpo legislativo, que el ejército se había mostrado heroico, Julio Favre gritó que éste se había visto comprometido por la impericia de su jefe, y nadie protestó. La orden del día de Clemente Duvernois estaba así redactada: «La Cámara, decidida á sostener un gabinete capaz de organizar la defensa del país, pasa á la orden del día.» Ollivier impugna esta orden del día, la Cámara la adopta sin escrutinio y el ministerio de la derrota y de la invasión es derribado.

Al apoyar de pronto al gabinete Palikao, constituido el día siguiente, la izquierda republicana dió una prueba incontestable de abnegación y de patriotismo, tanto más meritoria cuanto que á una proposición presentada por ella y examinada á constituir una comisión de quince miembros, investidos de plenos poderes gubernamentales para rechazar la invasión extranjera, el Sr. de Casagnac había contestado con esta amenaza: «Si yo tuviese el honor de sentarme en el banco del gobierno, compareceríais esta tarde ante un consejo de guerra.» Pocos días después, el ministro de la Guerra contestó á un diputado de la izquierda que le pedía ciertos datos, diciendo que si alguno de sus oficiales cometiese la indiscreción que querían hacerle cometer á él, lo mandaría fusilar.

Con el mutismo sistemático del ministro de la Guerra, los parisienses no podían saber á cuantas jornadas de París se hallaban los prusianos. Cuando el presidente del Consejo consentía en dar alguna noticia militar, siempre era tardía, regularmente inexacta, exagerada hasta el ridículo y hasta, á veces, de una inverosimilitud pueril. Todas las tentativas hechas por la izquierda para obtener el armamento de la guardia nacional, la participación de la Cámara en los esfuerzos intentados para detener al enemigo, la agregación de cierto número de diputados á la comisión de defensa, tropezaban con una mala voluntad obstinada, con una especie de optimismo oficial, inconsciente de la gravedad de la situación.

El general Trochu, que en 7 de agosto había rehusado la cartera de la Guerra, poseía la confianza de la izquierda republicana, y esta circunstancia contribuyó sin duda á que el presidente del Consejo lo recibiese con mucha frialdad á su regreso de Chalóns á París, después de haber sido nombrado gobernador de esta plaza por el emperador. En cuanto á la emperatriz Eugenia, lo recibió como se recibe á un sospechoso, diciéndole: «¿No os parece necesario llamar á los prínci-

pes de Orleans?» La emperatriz y el ministro de la Guerra no estaban de acuerdo sino acerca del desdichado emperador, en quien ya no residía el poder militar, puesto que Bazaine era comandante en jefe del ejército del Rhin, ni el poder civil, puesto que la regente lo reemplazaba, y cuyo nombre fué eliminado de la proclama dirigida por el general Trochu á los parisienses, porque la emperatriz opinaba que, «en tales circunstancias, no debía hacerse ninguna mención del emperador.»

No se pronunciaba ya su nombre, pero su persona y su gobierno eran diariamente atacados en el Cuerpo legislativo. Julio Favre decía en 24 de agosto: «Débense nuestras desgracias á una dirección fatal, cuya defensa nadie se atrevería á tomar, y que, sin exageración, puede traducirse por una ú otra de estas dos palabras: ineptitud ó traición.» Contestando á Clemente Duvernois (antiguo adversario irreconciliable del imperio y actual diputado *cuero*, subvencionado como periodista oficioso), que había tenido el cinismo de invocar la Constitución, Thiers exclamó: «Por favor, no habléis de las instituciones: no nos enfriaréis, no disminuiréis nuestro celo por la defensa del país, pero, sin enfriarnos, nos heriréis en el corazón, recordándonos esas instituciones que, á mi juicio, son la causa principal, más que los hombres, de las desdichas de Francia.»

El mes de agosto terminaba en medio de una enervante expectación. Aún era imperfectamente conocido el resultado de las grandes batallas que en los días 14, 16 y 18 se habían librado en torno de Metz. «No sabíamos si éramos muertos ó vivos,» ha dicho Julio Simón; y Keller pronunció en el Parlamento estas palabras: «Ya no se puede vivir así, ya no se puede deliberar. Declarémonos en sesión permanente y esperemos lo que los acontecimientos hagan de nosotros.» El ministro contestaba, cuando contestaba, que nada sabía, y, desde el 10 de agosto hasta el 4 de septiembre, Francia ignoró la suerte de los 300.000 hombres que tenía en las márgenes del Mosa y del Mosela y que eran su suprema esperanza. Compréndese que en medio de tales angustias la oposición se mostrase indiferente á los rumores de golpe de Estado bonapartista que circulaban con persistencia y que el ministro de la Guerra se guardaba bien de desmentir.

Diariamente abrumada de sangrientos apóstrofes por Julio Favre y por Gambetta, invitada á tomar las más elementales medidas de defensa por Julio Simón y Julio Ferry, la mayoría se resentía de su origen, que había sido la candidatura oficial, y se preocupaba mucho más de la salud de la dinastía que de la salud de Francia.

En 1.º de septiembre circularon por París vagos rumores procedentes de Sedán y de Metz; el día 2, estos rumores fueron ya algo precisos; en la mañana del 3, los telegramas de Bruselas dieron á conocer la catástrofe, y, el mismo día por la tarde, la emperatriz recibió un despacho de Napoleón anunciando que era prisionero. El ministro de la Guerra, perfectamente enterado ya, anuncia á la Cámara, informada también de todo desde hace cuarenta y ocho horas, que Bazaine ha tratado de salir de Metz, pero que se ha visto obligado á refugiarse de nuevo en la plaza; habla de «victorias y reveses en los campos de Sedán» que retrasarán la reunión de ambos ejércitos y, fiel á su sistema de reti-

cencias, añade textualmente estas palabras: «Hay quizá noticias algo más graves, tales como una herida de MacMahon y otras, pero ninguna tiene aún carácter oficial. Voy á apelar á las fuerzas vivas del país.» «La Cámara ha causado la perdición del país, exclama Girault.—¡Basta de complacencias!, dice Julio Favre; examinemos fríamente la situación. ¿Dónde está el emperador? ¿Da órdenes á sus ministros?—No, contesta Palikao.—Esa contestación me basta, añade Julio Favre; como el gobierno ha cesado de existir...» A estas palabras, el presidente Schneider, la derecha y el centro protestan. «Protestad cuanto queráis. Lo que importa, en este momento, es que todos los partidos desaparezcan ante un nombre militar que ostente la representación de la Cámara y de París. Sabido es quien es; ante él deben desaparecer todos los fantasmas de gobierno.»

Julio Favre y todos sus colegas de la izquierda, muy lejos de pensar en aquel momento en una proclamación de la República, querían tan sólo constituir una comisión de gobierno, compuesta de miembros del Cuerpo legislativo, bajo la presidencia de Thiers, comisión que hubiera confiado al general Trochu, con todo el poder militar, el cuidado de detener la invasión. La Cámara, con sus dilaciones, hizo fracasar este proyecto y causó nuevos males al país; suspendió sus sesiones, el mismo 3 de septiembre, sin haber tomado resolución alguna para conjurar los peligros que amenazaban á la patria; y como tampoco tomó ninguna el Consejo de ministros que se había reunido en las Tullerías inmediatamente después de la sesión parlamentaria, el campo quedó libre á las manifestaciones de la calle.

Los diputados de la izquierda, ajenos á estas manifestaciones, provocadas solamente por el partido revolucionario, y más bien temerosos que deseosos de una revolución que iba á echar sobre ellos la pesada herencia del imperio, trataron de dar al movimiento una forma legal y rogaron al presidente que convocara á la Cámara para aquella misma noche. Un gentío inmenso rodeaba ya el Palacio Borbón dando vivas á la República. «Este es el gobierno que deseo vivamente, le dijo Gambetta, pero no ha de ser responsable, ni ha de heredar las desdichas que acaban de llover sobre nuestra patria. Hay que unirse y no hacer revolución.»

Abrióse la sesión á la una de la madrugada del 4 de septiembre. El conde de Palikao, que había vacilado antes de asistir á ella, anunció que el ejército había capitulado en Sedán y que el emperador era prisionero. Era la primera comunicación sincera que hacía desde el 10 de agosto. Acto continuo pidió que se suspendiera la sesión hasta la una de la tarde. «¡Será demasiado tarde!» le replicaron. Antes de levantar la sesión, Julio Favre presentó la proposición siguiente:

«1.º Luis Napoleón Bonaparte y su dinastía son declarados desposeídos de los poderes que les tiene conferidos la Constitución.

»2.º Se nombrará por el Cuerpo legislativo una comisión que será investida de todos los poderes del gobierno y que tendrá por misión resistir á todo trance á la invasión y arrojar al enemigo del territorio.

»3.º El general Trochu es mantenido en las funciones de gobernador de París.»

Esta proposición era igual á la de Thiers y del centro izquierdo, con la diferencia de que esta última no



hablaba de prescripción y estipulaba, en cambio, la convocación de una Constituyente tan pronto como lo permitiesen las circunstancias.

A las dos proposiciones, la emperatriz y el Consejo de ministros, en su reunión del 4 de septiembre por la mañana, opusieron la redacción siguiente:

«1.º Institúyese un Consejo de regencia y de defensa nacional, compuesto de cinco miembros, cada uno de los cuales es nombrado por mayoría absoluta del Cuerpo legislativo.

«2.º Los ministros son nombrados bajo la refrendación de los miembros del Consejo.

«3.º El general conde de Palikao es nombrado teniente general de este Consejo.»

Este extraño proyecto tenía tan pocas probabilidades de ser adoptado por la asamblea, que el conde de Palikao, de acuerdo con sus colegas, substituyó la palabra *Regencia* por la de *Gobierno* y envió á Clemente Duvernois á proponer esta modificación á la emperatriz. El ministro de Comercio volvió de las Tullerías al Palacio Borbón con el consentimiento de la regente al cambio propuesto, equivalente, en suma, á la abdicación; pero mientras tanto la muchedumbre había amenazado invadir la Cámara y el ministro de la Guerra había leído en la tribuna el proyecto no modificado.

Aunque ya poco importaban aquellos cambios *in extremis*. A las dos de la tarde del día 4 de septiembre ¿podía aún ser cuestión de un simple expediente? El imperio ya no existía. Acababa de saberse que en Lyon se había proclamado la República y se veía claramente que las tropas no defenderían á la asamblea contra el pueblo. El diputado más popular de la izquierda, después de vanos esfuerzos para asegurar el respeto del Cuerpo legislativo, del cual espera aún un voto de prescripción y un movimiento de patriotismo, vuelve á subir á la tribuna, ya ocupada por los manifestantes, declara que Luis Napoleón y su dinastía han cesado de reinar en Francia, y añade, á instancias imperiosas de la muchedumbre y en medio de sus gritos atronadores: «¡Sí! ¡Viva la República! Vamos á proclamarla en la Casa consistorial.»

Durante estas escenas tumultuosas, la comisión encargada de estudiar las tres proposiciones de Julio Favre, Palikao y Thiers, había adoptado la última.

«En vista de las circunstancias, la Cámara nombra una comisión de gobierno y defensa nacional. Formárase una Constituyente tan pronto como las circunstancias lo permitan.»

Esta resolución no puede ser presentada á la Cámara, disuelta de hecho. Adoptada por 200 diputados, con las palabras: «En vista de la vacante del trono,» es llevada á la Casa consistorial por Grevy. A las ocho de la noche Julio Favre y Julio Simón, delegados por sus compañeros de gobierno, llegan al Palacio Borbón, enteran á los diputados de los acontecimientos de la Casa consistorial y declaran que el nuevo gobierno quisiera obtener la ratificación del Cuerpo legislativo, pero que no puede cambiar nada de lo hecho. «Sólo la historia, contesta Thiers, que preside la reunión, puede juzgar los acontecimientos actuales; mis colegas no me han confiado la misión de decirlos que los ratifican...; hacemos votos por vuestro triunfo, porque sería el de nuestra patria.»

Tales fueron las últimas palabras pronunciadas en el comedor grande del Palacio Borbón en nombre de la asamblea elegida en 1869. En cuanto á las tentativas hechas posteriormente por la comisión informadora para demostrar la complicidad de la izquierda con el motín, antes y durante el 4 de septiembre, abortaron miserablemente. Los verdaderos autores de aquella revolución sin lágrimas, sin tiros y sin desorden, fueron los alemanes, y éstos no tuvieron más cómplices que el Gobierno imperial y la mayoría del Cuerpo legislativo.

## II

El poder constituido el día 4 de septiembre en la Casa consistorial no era tanto el gobierno de Francia cuanto un gran Consejo local encargado de disputar á los prusianos los muros de París. Componíase de los diputados de la capital, exceptuando á Bancel, postrado en cama en el Mediodía; á Julio Grevy, que después de haber querido que se respetasen las formas legales, no pudo figurar en el nuevo gobierno y esperó la conclusión de la guerra sucesivamente en Tours, Burdeos y el Jura, y á Adolfo Thiers, que se consideró en la imposibilidad de prestar á los demás el concurso de su experiencia, de sus conocimientos y de la inmensa autoridad de su nombre.

Julio Favre, designado para la presidencia del gobierno, se eclipsó ante el general Trochu, si bien tuvo que aceptar la dirección de los Negocios extranjeros, dirección que iba á ejercer en las circunstancias más anormales del mundo desde una ciudad estrechamente bloqueada, sin comunicaciones regulares posibles con su delegado en provincias Sr. de Chaudordy, que vino á ser de hecho el verdadero director de las Relaciones exteriores. A partir del 7 de octubre, después de la salida de Gambetta, Julio Favre regentó además el ministerio del Interior, reducido realmente á la administración de París.

Julio Ferry no recibió cartera alguna, pero fué nombrado prefecto del Sena y asumió las funciones de alcalde de París después de la dimisión de Esteban Arago, desempeñando su doble y pesado cargo con ánimo tranquilo, con una presencia de espíritu inalterable y con un sentimiento de las necesidades gubernamentales que fueron de gran utilidad para el nuevo poder.

Julio Ferry era novel como Rochefort, que debía su prodigiosa fama á su *Linterna*. Crémieux, Glais-Bizoin, Garnier Pagés, Manuel Arago y Pelletán eran veteranos de la política; su avanzada edad les hacía poco aptos para la misión que habían aceptado. Glais-Bizoin y Crémieux, designados para formar parte de la Delegación de Tours, salieron de París en la primera quincena de septiembre. El ministerio de Justicia, conferido á Crémieux, fué regentado, después de la salida de éste, por Manuel Arago. Garnier-Pagés, el ex ministro de 1848, se vió privado de la cartera de Hacienda, que fué dada, á guisa de compensación, á Ernesto Picard, cuando Gambetta hubo sido designado para el ministerio del Interior.

El diputado irreconciliable de 1869, el adversario de los ejércitos permanentes, el ardiente tribuno que tan tremendos golpes había asestado al régimen imperial, se veía elevado al poder á la edad de treinta y dos

años por una revolución que él no había hecho ni deseado. Iba á tener en París la misión de contener á aquellos conspiradores, á aquellos irreconciliables que le habían tenido la víspera por compañero de lucha, y fuera de los muros de la ciudad sitiada, la tarea de reconstituir aquellos ejércitos cuya supresión fué el principal artículo de su programa. Por una de las grandes ironías de la política, el revolucionario iba á convertirse en moderador y el adversario de las «hordas pretorianas» había de conquistar su mejor título de gloria consagrándose, después de la paz, á la reorganización militar de Francia.

Julio Simón, ministro de Instrucción pública, de Bellas artes y de Cultos, se halló, como Ernesto Picard en Hacienda, al frente de servicios importantes y de personales intactos, que hubieran marchado perfectamente sin jefes y que ni el sitio ni el bombardeo habían de interrumpir en París.

El ministerio de Obras públicas fué confiado á Dorián, el de Comercio y Agricultura á Magnin, el de la Guerra al general Lefló y el de Marina al almirante Fourichón. Fueron nombrados secretarios del gobierno los señores Dreó, Durier, Herold y Lavertujón, y prefecto de policía el Sr. de Keratry, á pesar del papel que desempeñara en 15 de julio y que los formidables acontecimientos de los últimos meses habían hecho olvidar.

Hace siglos que en Francia, el país de la centralización, la consigna parte de la capital, y á esto hay que añadir que París se hallaba entonces en una situación excepcionalísima. Plaza fuerte, campo atrincherado, órgano indispensable para la vida normal de la nación, iba á convertirse muy pronto en objetivo principal de los ejércitos enemigos. Con razón ó sin ella, predominaba la idea de que París encerraba en sus muros la salud y el honor del país. Este no estaba aún acostumbrado á la derrota y nadie pensaba en las futuras campañas de aquel *año terrible*. París era la suprema esperanza de los franceses.

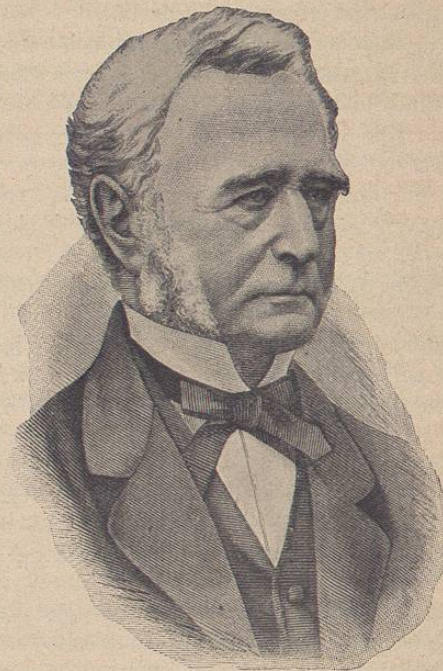
Los hombres del 4 de septiembre estaban animados de los sentimientos del patriotismo más puro; eran fieles y desinteresados servidores de la democracia; sabían hablar al pueblo, y la lucha tenaz que habían sostenido contra el imperio aumentaba su influencia, puesto que los acontecimientos les daban razón. Pero no habían podido adquirir experiencia alguna en la gobernación del Estado.

Para Francia, en las terribles circunstancias que atravesaba, el único recurso era una victoria inesperada ó una feliz negociación; y el gobierno puso á su cabeza un general que no tenía fe en la victoria y confió su diplomacia á un admirable orador que, al día siguiente de entrar en funciones, alarmó á Europa proclamando los principios revolucionarios y cerró la puerta á toda negociación práctica, dirigiéndose menos á las cancillerías que á Francia y empleando un lenguaje que, con ser noble, no podía en sus labios garantizar el porvenir.

Los orígenes mismos de este gobierno hicieron cometer á éste una de sus faltas más graves. En vez de dejar que París, amenazado de cerco, se defendiese; en vez de ir á organizar la resistencia en provincias, se dejó encerrar en una fortaleza sitiada, contentándose con enviar desde luego á Tours una delegación sin autoridad y sin prestigio.

Se ha dicho que todos los individuos del gobierno querían compartir el peligro común, y que abandonar París era entregarlo á la anarquía; pero el primer deber de todo gobierno no consiste en combatir, sino en gobernar, y los hombres del 4 de septiembre hubiesen podido dejar el mando de la plaza sitiada á un general cuya autoridad hubiera sido probablemente menos discutida.

De esta manera hubiesen evitado quizá la jornada del 31 de octubre, el fracaso del armisticio negociado por Thiers y más tarde el drama de la *Comune*. ¡Quién sabe también si, libre de sus movimientos, Julio Favre hubiera conmovido á Europa en la conferencia de Lon-



El almirante Fourichon

dres! En cuanto á las provincias que dentro del peligro común ofrecían aún los recursos necesarios para prolongar la lucha, se hubieran agrupado sin dificultad en torno de un gobierno que se hubiese acercado á ellas.

Sitiado París, encerrado el gobierno, todo el país resultaba entregado á los azares de la improvisación y al capricho de los acontecimientos. Esto prueba que el gobierno de un pueblo que lucha por su existencia, debe ser libre. Aunque tenga que refugiarse en la última provincia ó pasar la frontera, no debe exponerse á las fiebres obsesionales ni dejarse reducir á las capitulaciones.

Una vez constituido, el gobierno se encontró en presencia de un deber imperioso, el de poner á París en estado de defensa, y de un problema terrible, el de resolver si había de continuar la guerra.

Cumplió sin desaliento con su deber militar. Gracias á sus esfuerzos, París pudo asombrar al mundo con su heroica resistencia. Pero desde que se trató de negociar, surgió una cuestión subsidiaria: el gobierno de 4 de septiembre, ¿tenía la autoridad necesaria para concluir la paz? Poder de hecho, su existencia no había sido ratificada por el sufragio universal, base del derecho pú-